

esta oracion, que despues tomó la Iglesia de él : Santa María, socorre á los miserables : *Sancta Maria, succurre miseris*. Mil veces al dia acostumbraba san German repetir esta otra : ¿Qué será de nosotros, santísima Madre de Dios, si tú nos desamparas? *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fiet, sanctissima Deipara?* Virgen santa, prorumpia á cada paso san Bernardo, tú eres nuestra soberana, nuestra medianera y nuestra abogada : *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra*. ¡O Virgen admirable, continúa el mismo, tú reparaste la pérdida de nuestros primeros padres, y tú vivificas su posteridad! *O Virginem admirandam, parentum reparatricem, et posterorum vivificatricem!* Escoge de estas jaculatorias la que mas te agradare; házela familiar, repítela muchas veces al dia, y muchas tambien en cada hora.

2. Profesa una tierna y amorosa devocion, y ten una entera confianza en la santísima Virgen recurriendo á ella en todas tus necesidades. No solo cada semana, sino cada dia has de hacer algo en honor suyo. Ayunar los sábados, rezar el rosario todos los dias; vestir alguna doncella pobre todos los años; visitar todos los meses alguna iglesia ó capilla suya; rezar el *Ave Maria* cuando da el reloj; confesar y comulgar en todas sus festividades. Estos piadosos ejercicios cualquiera los puede hacer, y le merecerán mil bendiciones del cielo, como estén acompañados de una vida cristiana y arreglada. Dichosa el alma que, despues de Dios, coloca en Maria su esperanza. Dichosos aquellos que llenos de veneracion hácia el Hijo aprendieron desde su infancia á recurrir á la proteccion de la Madre, y por falta de confianza ó de devocion no se privaron de uno de los mas eficaces y mas poderosos medios que Dios nos dejó para salvarnos.

DIA SEXTO

LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

La gloriosa Transfiguracion del Salvador en el monte Tabor á presencia de los tres apóstoles mas amados y mas favorecidos suyos ocultó tantos misterios, y fué de tanto consuelo para fortalecer nuestra fe, que no era razon confundirla con las demás maravillas de su vida. Por eso, instituyó la Iglesia una fiesta particular de este singularísimo misterio, celebrándose ya en Roma desde el principio del quinto siglo, y siendo aun mas antigua su solemnidad en la iglesia griega.

No obstante el desprecio que hacia el Salvador de todo lo que sonaba á ostentacion, y el amor que profesaba á la vida humilde, escondida y retirada, queria con todo eso, que sus discipulos formasen el debido concepto de su divinidad y le reconociesen por lo que era. Esto lo mostró en un viaje que hizo con ellos á varias aldeas de los contornos de Cesarea, junto al nacimiento del Jordan. Separóse un poco del camino para hacer oracion, y acabada esta, les preguntó (aunque lo sabia mejor que otro alguno) qué opinion tenían de él, llamándose Hijo del hombre, segun su costumbre. Respondiéronle con su acostumbrada simplicidad que unos le tenían por el Bautista resucitado, otros por Elías, otros por Jeremias, ó por alguno de los profetas antiguos que habia vuelto á este mundo. Pero vosotros, les replicó el Salvador, ¿quién pensais que soy yo? A esta segunda pregunta tomó Pedro la

voz como el primero de todos, como el mas ardiente y el mas zeloso de la gloria de su divino Maestro, como aquel, en fin, dicen los padres, en cuya cátedra se habia de sentar, y por cuya boca habia de hablar el Espiritu Santo, y le dió esta inspirada respuesta: *Tú eres el Mesías, hijo de Dios vivo*. Merecia sin duda alguna recompensa un testimonio tan glorioso como sincero, y al punto fué premiado ventajosamente. Aquel Señor, cuyas palabras son gracias, y cuyas promesas son efectos, le aseguró inmediatamente la próxima fundacion de la Iglesia, y que el mismo Pedro seria cabeza de ella: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque no todos los hombres conocen la verdad que tú acabas de confesar. Ese conocimiento no le debes á la luz de la razon humana, sino á la ilustracion de la revelacion divina; no tuvo parte en él la carne y sangre; es muy superior al humano entendimiento, y solo pudo venir de mi Padre celestial. Es cierto que soy el Mesías prometido, hijo de Dios vivo, y yo mismo Dios en todo igual á él; pero aun no es tiempo de publicar esta verdad, y os mando que no la publiquéis. Antes de hacerlo, es menester que padezca las mayores ignominias, y la misma muerte de cruz por la redencion de todo el género humano, satisfaciendo de esta manera á la justicia de mi Padre celestial*. Despues de esto, les pronosticó hasta las mas menudas circunstancias de su pasion, temiendo que á vista de esta no dudasen de su divinidad si no la hubiese pronosticado; y además de eso, para fortificar su tierna fe, quiso descubrir á algunos de ellos un destello de su gloria. Por tanto, luego que hizo individual mencion de todas las particularidades de su pasion, añadió que algunos de los que le oian no moririan sin haberle visto antes lleno de gloria y de majestad, dándoles como á probar anticipadamente aquellos inefables gozos que les reservaba en el cielo por toda la eternidad.

Aun no se habian pasado ocho dias despues de esta promesa cuando se la cumplió con tantas ventajas, que no solo excedieron á sus esperanzas, sino á su mismo pensamiento. Llamó á parte á sus favorecidos discipulos, Pedro, Juan y Diego, y llevándolos consigo á un elevado monte, se retiró un poco, se puso en oracion, y estando en el mayor fervor de ella, se transfiguró delante de ellos. Manifestóse visiblemente en su cuerpo el esplendor de su divinidad y la gloria de su alma, y de repente se descubrió el resplandor de su majestad; dejándose ver no ya como un puro hombre, sino como un Hombre Dios. Apareció su semblante mas resplandeciente que el sol, sus vestidos mas blancos que la nieve, deslumbrando á los ojos su candor; pero ni en los vestidos, ni en el semblante hubo mudanza sustancial; solo se hallaron repentinamente penetrados de los rayos que despedia de si el cuerpo glorificado, no de otra manera que una nube enrarecida y transparente se representa totalmente iluminada, cuando la envisten de lleno los rayos del sol: *Transformatio*, dice san Jerónimo, *splendorem addit, faciem non subtraxit*. Antes en cierta manera se pudiera decir que la vida comun del Salvador y su exterior ordinario y regular, era una verdadera transfiguracion, por ser ajeno de su estado connatural, y que lo que se llamó transfiguracion, era su estado connatural y verdadero; puesto que era menester un continuo milagro para suspender los efectos exteriores y visibles de su gloria y su divinidad. Solo con dejar obrar las causas naturales, necesariamente se habia de representar siempre como entonces se representó.

Pero no quiso el Salvador mostrarse solo en aquel estado glorioso. Dejáronse ver á sus dos lados Moisés y Elías: aquel, su principal ministro de la ley antigua; y este, el mas ardiente y el mas zeloso de todos

los profetas. Dispuso el Hijo de Dios que aquellos dos grandes personajes se hallasen presentes á su Transfiguracion, para que entendiesen los apóstoles que la ley y los profetas daban testimonio de su divinidad, y se terminaban en su persona. Vivía entonces Elias, como vive ahora, y así se dejó ver en su mismo cuerpo natural; pero el de Moisés, en sentir de santo Tomás, fué extraño y aéreo; trataban con Jesucristo aquellos dos grandes siervos de Dios acerca de la muerte, que dentro de pocos dias habia de padecer en Jerusalem, de sus ignominias, afrentas y dolores con que habia de poner fin á los trabajos de su vida. Nota san Lucas que san Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, y que, al despertar, vieron la gloria de Jesus y á los dos personajes que estaban en su compañía. No les habia prevenido el Salvador el favor que les estaba preparando, y permitió que se durmiesen mientras hacia oracion, para que, al despertar, fuese mayor el gusto y la sorpresa con la gracia de la novedad. Pero san Crisóstomo no puede creer que fuese verdadero sueño, y se inclina mas á que fué una especie de éxtasis que los arrebató y enajenó súbitamente, á vista del resplandor de que se hallaron vestidos con el nuevo prodigio. Mezclada la admiracion con un santo terror, é inundada el alma en un torrente de consuelos y dulzuras celestiales, no se pudo san Pedro contener; y saliéndole el gozo por los labios, con su viveza y prontitud acostumbrada exclamó á manera de un hombre extáticamente enajenado: ; Señor, qué cosa tan buena es esta! ; qué bella mansion! ; dónde hallaremos en el mundo otra que sea mejor, ni tan buena? Fijémonos aquí, y levantemos tres tiendas, una para vos; otra para Moisés y otra para Elias. A Tertuliano le parece que en esta ocasion hablaba san Pedro arrebatado y como fuera de sí, y que eso quiere significar la Escritura en

aquellas palabras: *Nesciens quid diceret*: no sabiendo lo que se decia. Consultó en esta ocasion sus expresiones con el gusto, dice san Ambrosio, mas que con la razon; atendia á lo que su alma experimentaba, y el mismo consuelo espiritual no le dejaba reflexionar las consecuencias de lo que pretendia: *Non inconsulta petulantia, sed præmatura devotio, fructum pietatis accumulabat: nam quod ignorabat, conditionis fuit: quod promittebat, devotivis*. Estaba aun con la palabra en la boca cuando desaparecieron Moisés y Elias envueltos en una luminosa nube que los encubrió; y del fondo de la misma nube salió una voz clara y divina, que dijo distintamente: *Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias, á quien, en quien y por quien amo todo lo que amo: oidle como á vuestro maestro, y obedecedle como á vuestro rey*. Esta voz, como observan los padres, no se dejó oír hasta que se retiraron los dos santos, y se quedó solo el Salvador, para que no se dudase que á él solo se dirigia, y de solo él se debian entender aquellas palabras: *ipsum audite*. Así el resplandor de la nube, como el sonoro y vehemente sonido de la voz atemorizaron tanto á los tres apóstoles, que cayeron atónitos en tierra, desapareciendo en el mismo instante toda aquella gloria. No obstante, se mantuvieron desmayados en la misma postura hasta que, acercándose á ellos el Señor, y tocándolos con la mano, les dijo: *Levantaos, no tengais temor*. Al punto levantaron los ojos, y mirando á todas partes, no vieron otra cosa que á Jesucristo en su estado comun y regular. Bajaron del monte en compañía del Salvador, impacientes ya por anunciar á todos lo que habian visto; pero queriendo el Señor darles igualmente idea de su humildad, como se la habia dado de su gloria, en el mismo camino les prohibió revelar á nadie las maravillas de que habian sido testigos. Seme-

jante precepto les habia impuesto poco antes cuando preguntó á los apóstoles qué concepto hacian de él, y san Pedro declaró que le tenian por Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Entonces, dice el evangelista, les mandó que á ninguno dijesen era Cristo (*Matth. 16*): *Tunc præcepit discipulis suis, ut nemini dicerent quia ipse esset Jesus Christus*: añade san Lucas la razon; porque conviene que el Hijo del hombre padezca, sea condenado por los ancianos, por los principes de los sacerdotes y por los escribas, sea sentenciado á muerte, y resucite al tercero dia. Dando á entender que, si se llegase á creer que era el Mesias, podia esto impedir su pasion y su muerte; pero despues de su resurreccion les dió orden para que lo publicasen en todas partes. Si antes de la pasion hubiera declarade ó permitido se predicase claramente que era el Mesias prometido, muchos flacos (dicen san Crisóstomo y san Jerónimo) se escandalizarian tanto á vista de sus tormentos y de su muerte, que seria muy dificultoso el desimpresionarlos; pero la resurreccion, de que fueron testigos todos los apóstoles y todos los discípulos, de manera que ninguno podia dudar de ella, autorizaba todo lo que les habia dicho, y daba el mayor peso á todas las demás pruebas.

El intento del Salvador en mostrarse á los apóstoles cercado de gloria, y rodeado de brillante resplandor, fué para descubrirles un rayo de la gloria que ocultaba el velo de su cuerpo, y de la que tenia preparada en su reino para los que fielmente le sirviesen. Tambien quiso animarlos por este medio á llevar con alegría la cruz, enseñándoles que aun en este mundo da el Señor á gustar algunas veces á sus santos, aunque pasajeraamente, los gozos y los consuelos del otro; y que la vida de los que siguen á Cristo es á la verdad cruz; pero cruz que no solo se hace muy lijera, sino muy gustosa, por los espirituales consuelos que la

acompañan; segun lo que el mismo dice que su yugo es suave, y su carga lijera.

Escogió el Salvador para este misterio un lugar retirado y propio para hacer oracion; dándonos á entender que no nos dispensa Dios sus favores, ni nos comunica su gloria en la publicidad, ni entre el tumulto del mundo, sino en el retiro, cuando estamos mas desprendidos de los afectos de la tierra, elevados á la mas alta perfection. Por eso, Moisés y Elias tuvieron la dicha de ver á Dios, no en medio de las ciudades, sino en la soledad y en el monte. Tanta verdad es que, si queremos que Dios se nos comuniquen, debemos amar el recogimiento y el retiro, haciéndonos superiores á todo lo terreno. Tambien dispuso Jesucristo que le acompañasen en el monte Tabor aquellos mismos discípulos que le habian de hacer compañía en el monte de las Olivas, para que fuesen primero testigos de su gloria los que despues lo habian de ser de sus agonias. Si tenemos parte en sus dolores, dice san Pablo, tambien la tendremos en sus consuelos: *Si compatimur, ut et glorificemur.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el Monte Tabor, la transfiguracion de Nuestro Señor.

En Roma, en la via Apia en el cementerio de Calixto, la fiesta de san Sixto II, papa y mártir, quien, durante la persecucion de Valeriano, recibió la corona del martirio labrada por los filos de la cuchilla.

En dicho lugar, san Felicísimo y san Agapito, diácono del mismo san Sixto, san Juanario, san Magno, sa Vicente y san Estéban, subdiáconos, decapitados todos con él, y enterrados en el cementerio de Pretexato. Con ellos fué tambien martirizado san Cuarto, segun escribe san Cipriano.

En Alcana de España, san Justo y su hermano san Pastor, mártires, quienes, todavía niños de escuela, arrojaron la cartilla corriendo al martirio. Al punto los mandó prender el presidente Daciano y moler á palos; mas como se alentaban mutuamente con la mayor bazarria, fueron sacados de la ciudad y degollados por el verdugo.

En Roma, san Hormisdas, papa y confesor.

En Amida, san Jacobo, eremita, ilustre en milagros.

En el Langüedoc, san Estapin, venerado como obispo en aquella tierra, en las dos iglesias de su nombre.

En la abadía benedictina de San Pedro de Cardena á unas dos leguas de la ciudad de Burgos, san Sancho, abad, y unos doscientos monjes, despedazados por el rey Zafa, mahometano, enviado al intento por su tío el tirano Almanzor.

En Colonia, san Gislo, porque

En Bolonia de Italia, el fallecimiento de santo Domingo.

La misa es del misterio, y la oracion la siguiente:

Deus, qui fidei sacramenta in Unigeniti tui gloriosa Transfiguratione, patrum testimonio roborasti, et adoptionem filiorum perfectam, voce delapsa in nube lucida, mirabiliter præsignasti: concede propitius, ut ipsius Regis gloriæ nos cohæredes efficias, et ejusdem gloriæ tribuas esse consortes. Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que en la gloriosa Transfiguracion de tu unigénito Hijo confirmaste los misterios de la fe con el testimonio de los padres, y mostraste con admirable modo la perfecta adopcion de tus hijos, por medio de la voz que salió de entre una brillante nube; concédenos que seamos coherederos de este Rey de la gloria, y que algun dia le hagamos compañía en su reino. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pedro.

Charissimi: Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem, et præsentiam, sed speculatores facti illius magnitudinis. Accipiens enim à Deo Patre honorem, et gloriam, voce delapsa ad eum hujusmodi à magnifica gloria: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui; ipsum audite. Et hanc vocem nos audivimus de celo allatam, cum essemus cum ipso in monte sancto. Et habemus firmiorem propheticum sermonem: cui benefactis attendentes, quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat et lucifer oriatur in cordibus vestris.

Carisimos: No os hemos manifestado la virtud y la venida de nuestro Señor Jesucristo por haber seguido las doctas fábulas, sino por haber sido testigos de vista de su grandeza. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria habiendo bajado á él de la magnífica gloria esta voz: Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido; oidle. Y esta voz la oimos nosotros venir del cielo estando con él en el monte santo. Pero tenemos por mas firme la palabra de los profetas: y haceis bien en atender á ella como á una antorcha que resplandece en un lugar oscuro hasta tanto que amanezca el dia, y el lucero de la mañana nazca en vuestros corazones.

NOTA.

« Hallandose en Roma san Pedro hácia el año 63 del Señor, pocos meses antes de su martirio, escribió esta segunda epístola á los mismos cristianos de la nacion hebrea, á quienes habia dirigido la primera, aunque algunos son de sentir que igualmente la dirigió á los gentiles, que á los judíos convertidos. »

REFLEXIONES.

Señor, bueno será que nos quedemos aquí. Si un solo destello de la gloria y de la majestad del Hijo de Dios arrebatara la admiracion, colma, satisface,

inunda en tan puro, en tan exquisito gozo á los que son testigos de él; ¡qué será en el cielo donde se ve cara á cara al mismo Dios! ¡qué torrente de delicias anegará á los santos en aquella feliz mansion de los bienaventurados de que el Tabor no era mas que débil sombra, lijera y limitada figura! Yo no sé lo que será el paraíso, decia un gran siervo de Dios; solo sé que en él se ve á Dios en sí mismo, y que el alma está como anegada en alegría; que Dios, hablando en rigor, solo parece Dios en aquel lugar de delicias; que todos los astros con que adornó al cielo, todas las flores con que vistió de gala á la tierra, todo cuanto el arte puede añadir á la naturaleza, todo es borron, todo es nada, en comparacion del paraíso. Yo no sé lo que habrá en él; solo sé que en él no hay mal ninguno, ni físico ni moral; que no hay pecado, que no hay vicio, que no hay envidia, que no hay interés, que no hay inconstancia, que no hay temor, que no hay esperanza, que no hay pena, que no hay inquietud, que no hay enfado. La tierra es un destierro, ó, por mejor decir, es un potro donde padecen los santos. El cielo es su patria, es su casa de recreo, es el teatro de su triunfo. Si crió Dios un infierno, y un infierno tan terrible para solo un pecado mortal, no obstante la miseria y la flaqueza humana; aquel Señor, que es mas liberal que riguroso, ¿qué no tendrá criado para los hombres que viven treinta, sesenta, ochenta años entregados al rigor de la penitencia, á pesar de todas las repugnancias de su flaca naturaleza? Es el paraíso el lugar donde Dios premia á sus siervos, llenándolos de bienes incomparablemente superiores á todos los de acá abajo. Siendo el lugar donde derrama sin medida sus favores en sus favoritos, desconfiemos de poder formar idea cabal de lo que es. Toda nuestra felicidad en esta vida,

consiste en el pensamiento y en la esperanza que tenemos de poder ser, mediante su misericordia, lo que los santos son. Si á estos los hizo felices aun en medio de los trabajos de esta vida, la esperanza sola del paraíso, ¿qué será su posesion sin mezcla de mal, ni de disgusto? ¿qué no hicieron para ganarle? ¿y quién de ellos pensó jamás que habian hecho demasiado por merecerle? Antes bien ninguno deja de exclamar con el Apóstol: *No hay proporcion entre los trabajos y aflicciones de esta vida, y la gloria de la otra.* En este mundo no hay un instante de calma; no se sabe qué cosa nos turba y nos inquieta mas, si la necesidad ó la abundancia; si la pobreza ó las riquezas; los gustos ó los disgustos. Las riquezas y la pobreza causan poco mas ó menos las mismas inquietudes; la gloria nos aturde, la humillacion nos abate, las diversiones nos cansan; nada hay en la tierra que no nos disguste. Solamente del cielo se puede decir: *Bueno será que nos quedemos aquí.*

El evangelio es del capítulo 17 de san Mateo.

In illo tempore: Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses, et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse: si vis faciamus hic tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum,

En aquel tiempo: Llevó Jesus consigo á Pedro, y Santiago, y Juan su hermano, y los llevó aparte á un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos. Y su rostro resplandeció como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Y hé aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, los cuales hablaban con él. Y hablando Pedro, dijo á Jesus: Señor, bueno es estarnos aquí: si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés, y otra

et Eliæ unum. Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. Et ecce vox de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite. Et audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valdè. Et accessit Jesus, et tetigit eos, dixitque eis: Surgite, et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt, nisi solum Jesum. Et descendantibus illis de monte, præcepit eis Jesus, dicens: Neminus dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DEL DIA.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la particular estimacion que hace el Salvador del mundo de los que le aman con ternura, y la bondad con que les comunica sus mas señalados favores. Distinguense Pedro, Diego y Juan entre los demás apóstoles por el ardiente amor que le profesan; y el Señor los distingue tambien entre todos por los favores especiales de que los colma. Conducelos al Tabor; pero bien entendido que tambien los ha de llevar consigo al monte de las Olivas. En esta vida, los consuelos espirituales son comunmente presagio de trabajos y cruces. Es ocioso pedir sentarse á los dos lados del Hijo de Dios cuando no hay resolucion para beber la amargura de su cáliz. Muéstrase Cristo á sus discipulos mas resplandeciente que el sol, rodeándole

para Elias. Aun no habia acabado de hablar cuando una nube resplandeciente les hizo sombra. Y hé aquí que de la nube (salió) una voz que decia: Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido bien: oidle. Y al oír esto, los discípulos cayeron de bruces y temieron mucho. Pero Jesus se llegó, y los tocó, y les dijo: Levantaos, y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesus y bajando del monte, les impuso Jesus precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

el resplandor de su majestad y de su gloria; pero en medio de esta gloria solo trata de tormentos, de desprecios y de muerte. Desengañémonos, no hay en la tierra condicion, no hay estado exento de mortificacion. Toda devocion aplaudida, ruidosa, cacareada y llena de consuelos, se nos debe hacer sospechosa. No hay otra dulzura, no hay otro consuelo verdadero, que el que producen las adversidades; ó, por lo menos, el sincero deseo de la humillacion y de la cruz. Cuando el Salvador quiere dispensar á sus discípulos un singular favor, haciéndolos testigos de su gloria, los retira á un monte solitario. Nunca se proporcionó el tumulto del mundo á las intimidades con Dios; estos preciosos favores se reservan para la soledad, ó á lo menos para el retiro. *Non in commotione Dominus (Osee 2)*. Gusta Dios del alma tranquila y sosegada. Llevaréla á la soledad, y allí le hablaré al corazon. Solo en el retiro se deja oír el Señor de las almas puras. Es error querer ser devoto sin dejar de ser mundano. Quéjense muchos de que en sus oraciones solo experimentan sequedad, disgusto y distracciones. Quéjense de que nunca sienten aquellos espirituales consuelos que gustan los siervos de Dios, aunque haya muchos años que se dedicaron á su servicio. Ama á Jesucristo con fidelidad y con ternura; témele; anquila en tí ese espíritu de delicadeza y de regalo, ese espíritu mundano que todavía domina en tu corazon; huye del tumulto; ama la soledad; busca el retiro; y presto tendrás parte en los insignes favores de tu amable Salvador.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es tan natural al hombre el amor á todo lo que es placer; es tanta su inclinacion al gusto, al contento, á la paz del corazon, que esta inclinacion y este amor son como el general resorte que da movi-